

# El perfil de las universidades de los jesuitas

Juan García Pérez, SJ\*

**E**L General de la Compañía de Jesús, P. Peter Hans Kolvenbach, es Gran Canciller de no pocas de las universidades dirigidas por los jesuitas. En sus visitas a los más diversos países del mundo donde viven y trabajan miembros de la Compañía de Jesús, suele tener encuentros con las universidades. Los discursos que en ellas pronuncia no se blindan con las generalidades protocolarias de saludos, consejos y elogios obligados. Con estilo sobrio y directo refuerza con claridad, a veces llamativa, las líneas y rasgos que deben caracterizar un centro universitario de estudios de jesuitas. Al mismo tiempo plantea preguntas, nada retóricas, que incitan a un exigente examen de conciencia.

El contenido de este artículo es en sí mismo importante. Tratamos de recoger algunas de las afirmaciones que aparecen con mayor frecuencia en

\* Doctor en Teología. Profesor en la Universidad Comillas. Madrid.

las alocuciones del padre Kolvenbach (1). En ese sentido merece una detenida atención. Pero al mismo tiempo estas páginas no tienen pretensión de especial originalidad. Nos limitamos a subrayar algunas de esas afirmaciones enhebrándolas al hilo de algún comentario que se mantiene en el nivel de lo subsidiario (2).

## Situación actual «del» y «en» el mundo de las universidades SJ

EN la espiritualidad ignaciana es característico el planteamiento personal de Ignacio de Loyola. En realidad los Ejercicios Espirituales no son un tratado de oración o un conjunto de disertaciones teóricas sobre temas espirituales. Los Ejercicios son «sólo» (iy nada me-

(1) Son varias las alocuciones programáticas del padre Peter-Hans Kolvenbach SJ a las universidades. Las principales se encuentran en: *Selección de escritos del padre Peter-Hans Kolvenbach* (1983-1990) (PHK), Madrid, Provincia de España, 1992; *Kolvenbach en México* (PHK Mex.), Guadalajara, ITESO, 1990; *El padre Kolvenbach en Colombia* (PHK Col.), Bogotá, Pro. Colombiana, 1990. Ver especialmente *La Universidad jesuítica hoy. A los rectores de las universidades de la Compañía*. Frascati, Roma, 1985 (PHK 367-376); *En el Centenario de la Universidad de Deusto* (Bilbao, 1987), PHK 377-384; *A la Asamblea de Enseñanza Superior de la Compañía en los Estados Unidos, sobre los contenidos de nuestra educación* (Georgetown, 1989), PHK 385-399; *La Universidad: espacio para la unidad de las Ciencias* (Universidad Javeriana, Bogotá, 1990) PHK Méx. 21-41; *Apostolado educativo, familia y sociedad nueva* (ITESO, Guadalajara, 1990), PHK Méx. 127-142; *En el Centenario de la Universidad Pontificia Comillas* (Madrid, 1991), en *Miscelánea Comillas* (1992); *Educación en el espíritu de San Ignacio* (ICAM, Toulouse, 1996); en: *Razón y Fe*, 236 (1997), 21-31; Otras alocuciones: *Universidad, Fe y Culturas* (Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 1998); *Apostolado de frontera y Universidad Católica* (Universidad Católica de Táchira, San Cristóbal, 1998); *Alocución en la Universidad Sanata Dharma* (Yogyakarta, 1999), en *Información SJ*, 76 (1999), 194-197; *Alocución en el 140 Aniversario del Ateneo de Manila* (Manila, 1999), en *Información SJ*, 76 (1999), 197-204.

(2) A la amplia bibliografía citada en la nota anterior, habría que añadir las últimas intervenciones del padre Kolvenbach, todavía no recogidas en publicación periódica. Nos referimos a su visita al Loyola College (Chennai, marzo de 2000), al discurso «*El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús en Estados Unidos*» (Santa Clara/California, octubre 2000) y a la alocución *Fe y Ciencia, una responsabilidad común para la dignidad humana* (Zagreb, Croacia, noviembre 2000). En nuestro comentario, por límites de espacio, nos referiremos casi exclusivamente a estas últimas alocuciones.

nos que eso!) un resumen de la propia experiencia espiritual de Ignacio. Condensada en un sobrio método y recogida en el pequeño libro de los Ejercicios Espirituales, la ofreció a los demás, supuesto que a él le hizo bien, con la esperanza de que pudiera ser útil a otros.

Ignacio arranca de la necesidad de «ponerse en su sitio» ante Dios, ante los demás y ante las cosas. Ésta debe ser también la visión de los jesuitas y debe poder percibirse de forma relevante en las instituciones de la Compañía de Jesús. Ya desde sus principios, la Compañía estaba convencida de que la universidad puede ser un crisol en el que el Evangelio llegue al encuentro real con los mayores problemas de la sociedad. Diversas contemplaciones del libro de los Ejercicios indican que hay que dirigir una mirada al mundo real para captar sus realidades y dejarse interpelar por sus necesidades y problemas. En éste un tema que aparece en muchos de los discursos del padre Kolvenbach en los ámbitos universitarios (Universidad Sanata Dharma, Yogyakarta, julio, 1999; Ateneo de Manila, julio, 1999). En la actualidad la Compañía dirige 177 universidades y centros de estudios superiores en 49 países de todo el mundo. Ofrece su docencia a más de medio millón de alumnos. Trabajan en este campo cerca de 3.000 jesuitas y decenas de miles de laicos.

Es claro que en la historia del mundo se van sucediendo escenarios cambiantes. El momento actual está marcado, entre otros, por el signo de la globalización. Han caído no pocos de los muros que separaban países y continentes. Algunas corrientes y decisiones transnacionales sobrevuelan por encima de las fronteras que aún existen. La ciencia, la tecnología, la información, las interconexiones e interdependencias económicas tejen una red tupida de intereses e imposiciones, que convierten nuestros continentes en una «aldea global». Ciertamente es que esa mundialización ha producido algunas mejoras. *«La globalización como tal no implica una connotación negativa; más bien ofrece inmensas posibilidades para el desarrollo de la persona humana»* (P. Kolvenbach en Arequipa, Perú, en junio del 98). Pero, en el campo socioeconómico con la absolutización del mercado, *«la globalización resulta verdaderamente nefasta»*. Y señala el General de la Compañía algunos de esos efectos: concentración de la riqueza, exclusión, ahondamiento de la brecha entre ricos y pobres, exacerbación del individualismo, competitividad desmedida, ausencia de consideraciones éticas y valorales.

Si las universidades no viven aisladas de la sociedad en una «burbuja extraterrestre» entonces la educación no sólo no se sustrae a estos fenómenos de globalización y mercado, sino que corre el serio peligro de reproducir en su propio ámbito los efectos perversos que existen en la sociedad: concen-

tración del poder en unos pocos, exclusión de los débiles, aumento de las diferencias, inversión de valores. Aun la calidad, competencia y eficacia, que son aspiraciones innegables de todo centro universitario, pueden volverse como un *boomerang* y llegar a efectos precisamente contrarios a lo que se pretende. Y cita Kolvenbach las palabras de Juan Pablo II: «*Para los pobres, a la falta de bienes materiales se ha añadido la del saber y de conocimiento*» (3).

### Universidades «de jesuitas»

EN este punto, como en tantos otros, las afirmaciones de Kolvenbach no dejan lugar a duda. La respuesta que en este nuevo mundo se pide a los jesuitas empieza por una renovada fidelidad a los valores básicos de su misión docente. Y se recuerda a este respecto el llamamiento que hace ya casi treinta años hiciera el padre Arrupe: «*Nuestro primer objetivo en la enseñanza debe ser formar hombres y mujeres para los otros; hombres y mujeres que quieran vivir no para sí mismos sino para Dios y su Cristo; ... hombres que no conciban el amor a Dios sin amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa*». Y de ahí avanza hasta nosotros de frente una exigencia: se nos invita a preguntarnos cuánto hemos ayudado a nuestros hermanos a vivir con sencillez, a no aprovecharse de la injusticia, a ayudar a que cambien las estructuras de injusticia.

Una universidad de jesuitas tiene su «carácter propio». Debe procurar alcanzar un grado de auténtica calidad, un alto nivel de excelencia en su enseñanza, en la investigación y en las publicaciones. Son éstas metas irrenunciables de todo centro que aspire a ser de verdad universitario. Estas afirmaciones se repiten una y otra vez. Si no se exponen con detención es porque se dan por supuestas como algo evidente.

Pero avanza más. Para evaluar a las universidades de jesuitas hay que mirar lo que los estudiantes lleguen a ser (veremos en qué sentido debe entenderse este criterio) y la acción que los profesores realicen. Tratándose de una universidad de la Compañía, el carácter de la universidad tiene que ser la misión, definida por dos Congregaciones Generales (32 y 34) que es el órgano supremo de la Compañía. Y esta misión se explicita en el servicio a la fe y la promoción de la justicia.

(3) *Centesimus annus*, n.º 33.

## Servicio a la fe

YA en su fundación en 1540 la Compañía recibió el encargo de defender y propagar la fe. Pero la fidelidad a los orígenes no puede quedar petrificada en expresiones inamovibles. Alasdair MacIntyre subraya la exigencia que pesa sobre toda tradición que quiera mantenerse viva. Debe reflexionar sin cesar sobre sus propios orígenes pero al mismo tiempo encararse directamente con las vicisitudes y exigencias del presente. Y es innegable que con el paso del tiempo y de manera particular en los últimos decenios nos hemos ido haciendo más conscientes y sensibles a las desigualdades e injusticias. Hoy día *el servicio a la fe no puede separarse* de la promoción de la justicia.

Poco tiempo después de haber sido elegido General de la Compañía, el padre Arrupe llamaba la atención sobre la contradicción de ciertas situaciones socioeconómicas a la luz del Evangelio. Y decía que era *«obligación moral de la Compañía repensar todos sus ministerios y apostolados y analizar si realmente responden a los requisitos de la urgencia y prevalencia de la justicia y aun de la equidad social»*. Con mayor autoridad para toda la Iglesia el Sínodo de obispos de 1971 declaraba *«la acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo... como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio»*. Siguiendo por ese camino la Congregación General XXXII de la Compañía (1975) publicaba su conocido Decreto IV sobre Fe y justicia. La reciente reunión en Santa Clara (octubre 2000) de representantes de veintiocho Universidades y Centros Superiores de Estudios tenía como objeto conmemorar el XXV aniversario de aquel Decreto IV. El tema era «El compromiso por la justicia en la educación superior de la Compañía».

Todo esto puede verse ya hoy con una más serena perspectiva que permite caer en la cuenta de algunas desviaciones pasadas. Al hacer ahora un recuerdo del recorrido de todos estos años no oculta el padre Kolvenbach que se ha llegado a veces a una lectura «truncada, parcial o desequilibrada» de aquel Decreto IV. Con ello la aplicación de los decretos de la CG XXXII produjo, dentro y fuera de la Compañía, algunos malentendidos de lo que ese giro representaba y debía ser. Recogiendo palabras textuales de la Congregación General XXXIV (1998) afirma el General de la Compañía que la promoción de la justicia ha quedado a veces separada de su auténtica fuente, la fe. *«Si hubiésemos prestado más atención a la “diakonia fidei” quizá hubiésemos evitado algunos malentendidos provocados por la expresión “promoción de la justicia”*. Pero el desvío, si obliga a desandar los rodeos, no justifica el abandono del camino a seguir. A través de las deformaciones o excesos, la

propia Congregación General y no sólo el padre Kolvenbach, reconoce que los jesuitas han podido ir aprendiendo pacientemente a servir a la fe y a la justicia de una manera más integrada. No es cuestión pues de aguar las exigencias o hacer *light* el compromiso sino de corregir las desviaciones.

### Promoción de la justicia

EN 1975 la Compañía no optaba por ejercitar la caridad, o practicar la misericordia, promover el desarrollo o fomentar la filantropía sino por promover la justicia. Es cuestión de términos y de acentos. Se trataba de dar una respuesta «concreta, radical y adecuada a un mundo que sufría injustamente». Y entendían que no era suficiente fomentar la justicia únicamente en las actitudes individuales. Había que ir a los cambios de estructuras para eliminar las injusticias pecadoras y opresivas que son un escándalo contra la humanidad y contra Dios. Estas frases sonaban a algunos como lenguaje revolucionario, subversivo y hasta violento. En su discurso de Santa Clara, el padre Kolvenbach, recogiendo experiencias pasadas, subrayaba que la unión de fe y justicia debían convertirse en un factor que integrara todas las actividades de los jesuitas, con particular atención a las instituciones educativas.

Aplicado todo esto al mundo de los *centros universitarios* conduce a unas concreciones cuya aplicación es de viva actualidad. Una universidad de jesuitas no puede limitarse a proporcionar a sus estudiantes el bagaje intelectual y capacitación profesional para que hagan frente a su vida personal y económica. Debe fomentar una clase de conocimiento que salga al encuentro de las necesidades del pueblo al que sirven. Hablando de instituciones universitarias de jesuitas, la «excelencia» no puede referirse exclusivamente al terreno de lo académico, sino a toda la persona y a toda persona, al desarrollo integral de la persona como individuo y como miembro de una sociedad. De las universidades jesuíticas deberían salir líderes en el servicio a los demás, profesionalmente competentes, con verdadera conciencia y con una entrega apasionada y compasiva. Nada tiene esto que ver con la imagen que algunos se puedan hacer de una universidad de jesuitas preocupada únicamente por su reputación elitista o la facilidad para encontrar para sus estudiantes cuando acaben la carrera puestos de trabajo generosamente retribuidos.

No es suficiente por tanto aumentar el número de ayudas al estudio para que cada vez sean más las personas económicamente débiles que acudan a esos centros. Porque la pregunta crucial, es ésta: ¿qué es lo que hacemos des-

pués de haberlos admitido? Si un estudiante, sea rico o pobre, termina sus estudios en nuestros centros con muy buenas calificaciones académicas pero no ha crecido en su respeto de la dignidad humana, en el sentido de la trascendencia, en la preocupación por la justicia, la compasión por los pobres, la conciencia de las estructuras sociales injustas y su entrega para construir una comunidad más justa y más humana, entonces —dice expresamente el padre Kolvenbach— *«bemos fracasado en nuestra misión al frente de instituciones de enseñanza superior»*. No basta con aumentar el número de estudiantes económicamente débiles. Hay que formarlos y plantear el estudio de varias asignaturas desde el punto de vista de los pobres. Es claro que el estudio del Derecho Romano, la globalización económica, las técnicas de análisis del subconsciente o la programación informática no admiten un tratamiento uniforme en sus contenidos. Pero en esos casos hay que fijarse no tanto en las materias que se estudian sino en la finalidad que se va buscando: qué es lo que de hecho se pretende con los estudios.

### De los principios a las aplicaciones

ESTABLECIENDO este marco de referencia el padre Kolvenbach suele descender a aplicaciones todavía más concretas.

Refiriéndose a los *profesores*, se subraya que a pesar del cliché de torre de marfil, de hecho están en contacto con el mundo. Ningún punto de vista es neutro o prescinde de los valores. En el caso de los jesuitas el mirador desde el que se ha de ver la sociedad y la finalidad los estudios es el de la opción por los pobres. Por eso *«al adoptar la perspectiva de las víctimas de la injusticia, nuestros enseñantes buscan la verdad y comparten esa búsqueda y sus resultados con nuestros estudiantes»*. Y hasta sugiere una pregunta que es certera aunque no resulte excesivamente académica: *«cuando investigo y enseño, ¿dónde y con quién está mi corazón?»* No ignora el General de los jesuitas las dificultades y aun los riesgos. Pero es esto lo que los jesuitas han proclamado en público.

Para que esta preocupación se mantenga viva sugiere Kolvenbach un contacto real de los profesores con aquellos que trabajan entre los pobres y a favor de ellos y cree que en las universidades jesuíticas habría que dar prioridad a las relaciones de trabajo del profesorado con los proyectos del apostolado social jesuita y con el Servicio Jesuita de Refugiados.

En la universidad no sólo hay profesores sino también *estudiantes*. Recuerda una vez más la ideología que predomina en la actualidad que redu-

ce el mundo humano a una jungla globalizada cuya ley primordial es la supervivencia de los más preparados. Los puestos de trabajo son relativamente escasos. La meta de no pocos estudiantes y de sus familias es abrirse paso (¿como sea?) y asegurarse uno de esos puestos. Esta presión incide sobre nuestras universidades y con frecuencia el criterio para evaluar a nuestras universidades es calcular lo que nuestros estudiantes lleguen a ser. Pero una universidad de jesuitas no debe contentarse con formar con eficacia y brillantez a una persona para que en la competición profesional se alce con los puestos mejores y más remunerados. La educación jesuita busca educar «a toda la persona», intelectual, profesional, psicológica, moral y espiritualmente. Si cada circunstancia en la historia destaca con preferencia algún rasgo, en los comienzos del siglo XXI la formación de esa «persona completa», que es la meta del sistema educativo, deberá tener una solidaridad bien informada.

También a los alumnos, como lo hizo con los profesores, recomienda no sólo el estudio en las bibliotecas y en las clases sino el contacto con la vida. Citando un reciente mensaje de Juan Pablo II a la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milan, «*la solidaridad se aprende a través del contacto más que por medio de nociones*». La implicación personal en el sufrimiento inocente, en la injusticia que otros sufren es el catalizador para la solidaridad que abre el camino a la búsqueda intelectual y a la reflexión moral.

### Los retos del futuro

AL referirse al futuro el padre Kolvenbach enuncia algunas de las tareas más apremiantes. Una de ellas es la colaboración con los laicos. Sobre sus hombros descansa en gran parte el funcionamiento ordinario de las universidades. La colaboración a la que apunta no se reduce a unas buenas relaciones del empleador con los empleados, ni a la conveniente delegación de algunas responsabilidades administrativas ni siquiera a compartir con los laicos algunas parcelas de decisión. Una cooperación real («*partnership*») depende de la capacidad que los jesuitas tengan para compartir su propia espiritualidad, sus ideales y su visión con los laicos a través de unos programas progresivos de formación. El jesuita no puede limitarse a ser hombre *para* los demás. Debe ser también hombre *con* los demás.

Un segundo tema que aparece en los discursos es el referido a los medios económicos. Ciertos cursos de formación resultan cada vez más costosos por los medios que exigen. Esta circunstancia constituye ya una barrera econó-



mica que mantendría alejados a no pocos candidatos. El compromiso con la justicia y la opción preferencial por los pobres debe urgir a los responsables de las universidades a encontrar caminos y medios que hagan más accesibles esos cursos a los que no tienen recursos. Y, por otra parte, las universidades no deberían sucumbir a las presiones de algunas instituciones comerciales y agencias que intentasen comercializar la educación superior transmitiendo un modelo basado en la creencia de que hay que tolerar pasivamente la pobreza de una parte de la población en bien del crecimiento generalizado de la economía nacional. Una universidad de jesuitas debe esforzarse imaginativamente para ser capaz de ofrecer algunos cursos de gran calidad y sin embargo asequibles a economías más modestas.

### Fe y ciencia

**E**L discurso del padre Kolvenbach en Zagreb, Croacia (6 noviembre de 2000) con ocasión de la inauguración de la Cátedra en la Facultad de Filosofía y Estudio teológico de la Compañía, está íntegramente dedicado a las relaciones entre fe y ciencia, como responsabilidad común para la dignidad humana. Recoge el padre General la oposición, frecuente en siglos pasados, entre el racionalismo exacerbado y el fideísmo de corte irracional. Por ello, y citando la Encíclica *Fides et Ratio* de Juan Pablo II, invoca la necesidad de una reconsideración. Después de mencionar la solución clásica en las relaciones fe-ciencia, hace referencia a la actitud de San Ignacio. Tuvo en gran estima la ciencia, impulsó a sus compañeros hacia ese mundo y de ninguna manera pretendió humillar a la inteligencia humana. Con todo no dejó de afirmar con fuerza que la luz de la fe puede poner de manifiesto los límites del conocimiento humano el cual está siempre expuesto a atrincherarse en sus propias certezas. Por ello aceptar la fe no implica abdicar de la ciencia sino abrirse a aquello que el entendimiento humano no puede alcanzar por la sola ciencia. La ciencia puede abrirse a significados superiores. Con esto no pierde la ciencia su autonomía frente a la fe lo cual no quiere decir que sea absolutamente independiente. Se sugiere de este modo que la ciencia se mantenga en su terreno y despliegue en su autonomía todos sus recursos, no sólo para conocer el mundo sino para transformarlo.

### Conclusión

**H**EMOS elegido estas líneas de fuerza de los últimos discursos del padre Kolvenbach. No son las únicas. En el discurs-

so al Loyola College (Chennai, marzo 2000) se fija también en la transformación de la cultura y en el diálogo interreligioso. Y como acabamos de ver, la alocución en Croacia (noviembre de 2000) está exclusivamente dedicada a las relaciones de la fe y la ciencia. Pero creemos que no es una actitud ideologizada y partidista la que nos ha guiado al hacer esta selección. En los dos discursos a los que hemos prestado una atención preferente (Chennai y Santa Clara) la casi totalidad del texto está dedicada a las cuestiones aquí recogidas. En Estados Unidos la preferencia por la cuestión social y el eje del discurso eran claros: se trataba de conmemorar el XXV aniversario del Decreto IV de la Congregación General XXXII (1975). En la visita a la India (Chennai) la atención a la situación social del país focaliza inevitablemente la mirada en las necesidades más apremiantes.

Un historiador del siglo XVIII —citado por el padre Kolvenbach en su alocución a la Universidad de Beirut, en marzo de 2000— decía que los jesuitas *«no intentaron hacer cristianos (a los indios guaraníes) sino después de haber hecho hombres»*. Los discursos citados del padre Kolvenbach nos recuerdan una meta muy alta que comporta exigencias no precisamente pequeñas. Pero sólo en ese marco las universidades de la Compañía alcanzan plenamente su verdadera justificación y sentido.